

## ALGUNOS ELEMENTOS DE LA ESPIRITUALIDAD DE LA COMUNIÓN

I

### HOMILÍA PRONUNCIADA POR EL PADRE EDUARDO AGUIRRE CON OCASIÓN DE LA MISA DE DESPEDIDA COMO MODERADOR GENERAL DE LA FRATERNIDAD MISIONERA DE MARÍA.

Queridos hermanos:

La serie de crisis, versiones y malentendidos que se suscitaron a raíz de mi carta de renuncia como Moderador General de la Fraternidad, impulsó a que la Fraternidad Moderadora me solicitara que, en una Misa de despedida, compartiera con todos ustedes lo que con ellos compartí, acerca del proceso espiritual y del discernimiento que, a mí me llevó a tomar la decisión de renunciar y, a ellos, les sirvió para reflexionar acerca de la validez de los argumentos, con vistas a aceptar mi renuncia.

Con mucho gusto he acogido esta petición y, contrariamente a lo que he hecho a lo largo de todos los años en los que he compartido con ustedes, he preferido poner por escrito lo que les voy a decir, no solo por lo emotivo del momento sino, sobre todo, porque esto quedará para ustedes como testimonio y recuerdo de mi proceso de discernimiento, marcado por un alternarse de momentos de cruz y de muerte, pero iluminados por la certeza de la resurrección.

En realidad, lo que voy a hacer es compartirles algunos de los episodios más importantes de mi experiencia personal, que me han llevado a la impelente necesidad de dar el paso que he dado actualmente. No se tratará más que de unos pocos de los innumerables signos que he percibido, con la esperanza de que ello les ayudará a intuir los alcances de lo que llamo el nuevo éxodo o la nueva misión.

Recuerdo que hace unos dos años, mientras subía al volcán de Agua con un grupo de ustedes, tuve, de repente, la certeza interior de que era necesario que yo muriera, para que la Fraternidad pudiera resucitar. Eso lo entendí en sentido físico y así seguí interpretando otra serie de experiencias de esa índole, hasta hace unos tres meses. Desde ese entonces viví a la expectativa de que tal acontecimiento sucediera. Porque, les digo la verdad, la experiencia, en lugar de causarme miedo o tristeza, me llenó de una profunda alegría y de una certera esperanza.

Después, en Noviembre del 2001, durante los ejercicios espirituales, mientras meditaba el capítulo 42 del profeta Isaías, tuve una serie de experiencias que me abrieron a nuevas perspectivas interiores e impulsaron un proceso de renovación y profundización en mi relación con el Señor.

Otro momento particularmente significativo se dio el 13 de Febrero, Miércoles de Ceniza del año 2002. Me desperté en el momento en que veía dos fechas, escritas en rojo que parecía sangre que chorreaba y con la certeza de que se trataba del tiempo de mi muerte. El sueño me inundó de paz, de alegría y de esperanza. Ese día salimos hacia Carmona, para tener los ejercicios espirituales con los seminaristas del Seminario Mayor y creo que esa vivencia hizo que el retiro estuviera marcado por una profunda espiritualidad. A partir de esa experiencia, en mi interior se abrió un nuevo horizonte: un espacio de comunión especialísima con el Señor y una sensación de haber comenzado a vivir en una dimensión que estaba más allá de donde físicamente me encontraba. El sentido de muerte lo seguía interpretando en forma física. Aceptaba el hecho con serenidad y gozo y descubría su valor profundo.

Luego, el 21 de Noviembre del año pasado, mientras dirigía un retiro para los Padres de la Región de Italia, en el Monasterio de Santa Escolástica en Subiaco, tuve la experiencia de que el Señor me confiaba una nueva misión. Alcancé una clara y profunda conciencia de mi pequeñez, de mi indignidad y de ser pecador, pero, al mismo tiempo, tuve la certeza de que así, concretamente como me percibía y me reconocía, era como el Señor me estaba eligiendo. A partir de esa experiencia, comencé a sentir un sufrimiento profundo por todos los que estaban lejos de la fe.

Dos días después, el 23 de Noviembre, mientras estaba en la Capilla de la Adoración del Santísimo, en la Basílica de San Pedro, tuve otra experiencia que podría llamar de desarraigo. Se trataba de algo interior que me desprendía y me liberaba del ámbito y los espacios conocidos, para entrar en una actitud de disponibilidad total a la voluntad de Dios.

En los 8 días que aún estuve en Europa podía respirar la indiferencia e incredulidad que invadía el ambiente y, al mismo tiempo, veía las reiteradas llamadas que se hacían para la cristianización que, sin embargo, parecían caer en tierra árida. Ante ello, sentía que algo nuevo, desde un paradigma nuevo, tenía que ofrecerse. Luego, yendo a Kenya, tuve la experiencia de la sed de Dios entre todo el pueblo e, igualmente, sentía la impelente necesidad de responder de una forma nueva.

Interiormente seguía sintiendo la apremiante llamada a esa misión que había percibido. No obstante no veía ni cómo ni dónde podía realizarse.

De regreso a Guatemala, a mediados de Diciembre, seguí profundizando interiormente y nació en mí la perspectiva con la que la nueva misión debía de concretizarse: fundamentalmente se trataba de desligarme de todo, para ponerme en disponibilidad total de Dios; sin preguntarle ni detalles ni recorridos, pero estando

seguro de que Él iría mostrando su camino en cada momento. De allí se fue desarrollando todo lo que finalmente desembocó en la decisión que he tomado.

En una de las misas de la Noche Buena, mientras consagraba el vino, tuve la experiencia de que el tiempo en el que la nueva misión se concretizaría estaba cerca. Me inundó una profunda alegría que, interiormente, me separó de todo el ambiente que me rodeaba.

Finalmente el 2 de enero –que era la primera de las fechas que había visto relacionadas con mi muerte el 13 de Febrero del año anterior-, amanecí con una certeza: era el tiempo de comenzar la nueva misión. Se trataba de vaciarse de todo y de desligarse de todo, para darle la oportunidad a Dios de que realizara su proyecto. A partir de ello, tuve experiencia de una profunda libertad y de una inmensa alegría. Ese día salí hacia San Marcos, para escalar con un grupo de seminaristas el día 3 el volcán Tacaná y el 4 el Tajumulco. Interiormente estaba lleno de una fuerza extraña y novedosa y la soledad de las alturas me hacía sentirme más en comunión con el cielo que ligado a la tierra.

A pesar de todos esos signos, decidí esperar antes manifestar mi decisión. Quería estar abierto para ver si había algún signo contrario que me llevara a reconsiderar lo que había percibido.

El 11 de Enero por la mañana estuve meditando el pasaje de las tentaciones de Jesús. Luego, después del medio día, celebré la Eucaristía en la Parroquia de San Rafael, zona 18, con unos 300 laicos que eran enviados para evangelizar a todas las áreas de la parroquia. Fue una celebración llena de fuerza y de gracia. En ese contexto pensé que, durante el último año, por lo menos había tenido contacto con unas 100,000 personas de diferentes continentes y culturas, a las que les había podido hablar de Dios y compartirles mi fe y que, seguramente, ese debía ser el medio por el que el Señor me pedía cumplir la misión: era algo más razonable y más seguro y, ciertamente, era una alternativa a la idea de tener que romper con todo, corriendo el riesgo de quedarme absolutamente solo y perdiendo la posibilidad de esa eficacia inmediata. Seguí pensando lo mismo durante la tarde hasta que, al comenzar a celebrar por la noche una Misa en la Parroquia María Auxiliadora de la Carolingia, vi con claridad que esos razonamientos eran puramente humanos, que no correspondían con lo que Dios me estaba inspirando interiormente y que, por lo mismo, eran la gran tentación en la que podía caer. Como consecuencia, resultaba indispensable dejarlo todo y arriesgarlo todo.

El 13 de Enero convoqué a una reunión del Consejo General para hablar acerca de diversas cuestiones de la Fraternidad, sin embargo, interiormente, sentía la necesidad de manifestarles la decisión que tenía en mi corazón. Sin embargo, en el último momento, preferí callar y solamente manifesté que estaba en proceso de discernimiento e, igualmente, dije que cualquier decisión definitiva no la tomaría antes del final del mes.

Ante las vacilaciones, sentí tristeza e incertidumbre hasta que, por la tarde, en uno de los momentos de oración que tuve, como parte del retiro que animé para los formadores en Carmona, comprendí que el signo fuerte y claro que estaba pidiendo para reafirmar mi respuesta a la llamada a dejarlo todo no lo tendría si, interiormente, no corría el riesgo de dar ese sí radical que sentía que el Señor me pedía. Después de responder, me volvió la paz y la libertad.

Desde ese momento, la decisión estaba resueltamente tomada y, sin embargo, pedía al Señor que, si no era su voluntad, me diera un signo contrario, pues, lo único que anhelaba, era estar totalmente disponible para lo que Él quisiera.

En ese contexto fue también que decidí que el día para hacer el anuncio sería el 31 de Enero. Para mí eso significaba como una auténtica muerte. El primero de Febrero debería ser el día del reposo y el 2 de Febrero, el del inicio de la esperada resurrección para la Fraternidad.

El 30 por la tarde convoqué nuevamente al Consejo para informar que la decisión estaba tomada y en firme y para pedir que se invitara a las reuniones del 31 de Enero. Sin embargo, aún en ese momento manifesté que, sin el Señor me daba cualquier signo en contrario, estaba dispuesto a reconsiderarlo todo. Les pedí oración y yo mismo me puse a orar. Cuando estaba en adoración ante el Santísimo, alrededor de las 11 de la noche, tuve un signo que iba más allá de todo lo que hubiese podido esperar y en la dirección contraria a la que mis hermanos estaban pidiendo: experimenté la presencia del Dios vivo; en mi interior sentía una comunión íntima con Él y una libertad radical; percibía presente todo mi pasado, el cual era visto como un solo proyecto que, a través de diversas etapas, estaba entrando en una fase decisiva; estaba lleno de alegría y palpaba la cercanía de María Santísima. Esa experiencia, que se prolongó por largo tiempo, es la que originó la actitud con la que muchos de ustedes dijeron haberme visto cuando llegué al seminario el día 31.

Después de los días que han pasado desde que manifesté mi decisión, en mi interior se han ido clarificando y reafirmando muchos elementos:

- Ante todo, la certeza de la decisión, acompañada de una maravillosa experiencia de la presencia del Señor, de la que me reconozco totalmente indigno, pues, junto a esa experiencia, he ido ahondando en el reconocimiento de mi pequeñez y mi pecado.
- Veo con claridad que la nueva misión es algo que se relaciona con el futuro de la Iglesia y, por lo mismo, pertenece al orden escatológico que, sin embargo, de muchas formas se quiere ir manifestando en el tiempo. Es como la certeza de marchar hacia la tierra prometida, que animó a Moisés a lo largo de todo el desierto: hay que ponerse en marcha, aunque el camino para llegar a la

meta no sea ni el más lógico ni el más directo, sino haya que aventurarse por todos los recovecos, asperezas e incertidumbres del inmenso desierto; y aunque, al final, no se llegue a entrar en la añorada tierra de promisión sino solamente se le vislumbre desde lejos.

- Por lo mismo, el presente de la misión consiste en vaciarse totalmente de sí, en renunciar a todas las seguridades y en estar en actitud de radical disponibilidad al Señor, con la certeza de que esa es la condición que Él pide para usarnos, a pesar de nuestra pequeñez, indignidad e ineptitud, para la realización de su obra de salvación. Es quedarse cada día sin nada, para darle a Dios la oportunidad de que Él lo sea todo.
- Se trata, de algo aparentemente incomprensible. Viéndolo desde fuera, con razón puede ser tildado incluso de locura. Y sin embargo, hay un fuego interior que me lleva a tener la certeza de que debo creer en ello, vivir para ello y, si es necesario, incluso morir para que se convierta en realidad.
- Los días que han pasado también me han hecho descubrir que ese mismo fuego se ha encendido en otros corazones que, al sentirse llamados, están dispuestos a emprender la aventura de darle, de esta forma, la oportunidad a Dios. Se trata de un grupito pequeño, que puede ser contado con los dedos de la mano. Sin embargo, tengo la confianza de que es el granito de mostaza que, cuando y como Dios quiera, crecerá hasta dar el fruto esperado.
- Por lo que se refiere a la Fraternidad, estoy convencido que la muerte dará abundantes frutos de resurrección. Los pasos serán difíciles, las tentaciones múltiples, pero con fe, con confianza y con la actitud de María Santísima, de disponibilidad total a la Palabra de Dios, todo saldrá adelante. Estoy seguro de que el trabajo que el Señor me permitió realizar en la Fraternidad, ha sido la misión que me confió para la Iglesia de hoy. La Fraternidad apenas comienza a dar los primeros frutos. Ahora queda en sus manos la responsabilidad de cuidar, con su amor y con su entrega total, a esta criatura por la que el Señor, en forma manifiesta y reiterada, ha mostrado ternura y predilección. No tengan miedo. La Fraternidad es obra de Dios y si ustedes son fieles, generosos y radicales en su entrega, las bendiciones se multiplicarán, las incertidumbres se disiparán y los frutos abundarán.

Finalmente, les reitero que estarán constantemente presentes en mi corazón y en mis oraciones.

Que, por intercesión de María Santísima, en cuyas manos me he puesto, renovándole constantemente mi consagración con las palabras: *"Mater mea, totus tuus et omnia mea, tua sunt"*, el grano que ha caído en tierra y está muriendo, produzca una copiosa cosecha.

El día 31, en el anuncio que hice, les compartí el final del proceso que había hecho. Hoy les he abierto el corazón y, contrariamente a lo que siempre hice y creo que seguiré haciendo, de mantener todas estas vivencias para mí, en lo profundo de mi intimidad, se las he compartido, con la esperanza de que esto les traiga paz y serenidad, a pesar de lo incomprensible que sea la cuestión.

Les pido su comprensión ante el paso que he dado y les aseguro que no se trata de una traición sino de un acto de fidelidad, llevada a sus últimas consecuencias. La Fraternidad nunca la he considerado como mi obra y, por eso, nunca me la podría apropiar. El mismo Dios que me confió la misión de iniciarla y desarrollarla, como siervo indigno e inútil, es quien hoy me manda dar ese nuevo paso y, por lo mismo, no darlo habría sido perder la perspectiva y se habría convertido en un acto de infidelidad.

Les suplico que me tengan presente en sus oraciones porque me sé pobre, pecador e indigno de la nueva misión: que pueda ser fiel y, muriendo cada día a mí mismo, para reiterarle al Señor con María el *hágase en mí, según tu Palabra*, pueda ser un instrumento útil para que se cumpla el plan del Señor.